

13. El poder del perdón

E. J. Waggoner

«Y he aquí, le trajeron un paralítico, tendido sobre una cama; y viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, ten buen ánimo; tus pecados te son perdonados. Entonces algunos de los escribas decían para sí: Este blasfema. Y Jesús, conociendo los pensamientos de ellos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? Porque, ¿qué es más fácil, decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo entonces al paralítico): Levántate, toma tu cama y vete a tu casa. Y él se levantó y se fue a su casa. Y al ver esto la multitud, se maravilló y glorificó a Dios, que había dado tal potestad a los hombres.» (Mateo 9:3-8).

Una de las expresiones más comunes que se oyen entre los cristianos profesos cuando hablan de cosas religiosas es esta: «*Puedo entender y creer que Dios perdonará el pecado, pero me resulta difícil creer que pueda guardarme del pecado.*» Tal persona aún tiene mucho que aprender acerca de lo que significa que Dios perdone los pecados. Es cierto que las personas que hablan así a menudo tienen cierta paz al creer que Dios ha perdonado o perdona sus pecados, pero por no comprender el poder del perdón, se privan de muchas bendiciones que podrían disfrutar.

Teniendo en cuenta la declaración sobre los asuntos que «estas cosas han sido escritas, para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre». Esto se aplica no solo al milagro que tenemos delante. Los escribas no creyeron que Jesús pudiera perdonar pecados. Para mostrar que tenía poder para perdonar pecados, sanó al hombre paralítico. Este milagro fue obrado con el propósito expreso de ilustrar la obra de perdonar el pecado y demostrar su poder. Jesús dijo al paralítico: «Levántate, toma tu cama y vete a tu casa», para que ellos y nosotros conociéramos su poder para perdonar el pecado. Por lo tanto, el poder exhibido en la sanación de ese hombre es el poder otorgado en el perdón del pecado.

Nótese particularmente que el efecto de las palabras de Jesús continuó después de ser pronunciadas. Produjeron un cambio en el hombre, y ese cambio fue permanente. Así debe ser también en el perdón del pecado. La idea común es que cuando Dios perdoná el pecado, el

cambio está en Él mismo, y no en el hombre. Se piensa que Dios finalmente deja de tener algo en contra del que ha pecado. Pero esto implicaría que Dios tenía una dureza contra el hombre, lo cual no es el caso. Dios no es hombre; no alberga enemistad ni guarda un sentimiento de venganza. No es porque Él tenga un sentimiento duro en su corazón contra un pecador que lo perdona, sino porque el pecador tiene algo en su corazón. Dios está bien, el hombre está completamente equivocado, por lo tanto, Dios perdona al hombre, para que también él pueda estar bien.

Cuando Jesús, ilustrando el perdón del pecado, dijo al hombre: «Levántate, toma tu cama y vete a tu casa», el hombre se levantó obediente a su voz. El poder que había en las palabras de Jesús lo levantó y lo sanó. Ese poder permaneció en él, y fue con la fuerza que se le dio al quitarle la parálisis que anduvo todo el tiempo, siempre y cuando, por supuesto, mantuviera la fe. Esto es ilustrado por el salmista, cuando dice: «Pacientemente esperé a Jehová,

Y se inclinó a mí, y oyó mi clamor. Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso;

Puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos.» (Salmos 40:1-2, RVR1960).

Hay vida en las palabras de Dios. Jesús dijo: «El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.» (Juan 6:63, RVR1960). La palabra recibida con fe trae el Espíritu y la vida de Dios al alma. Así, cuando el alma penitente oye las palabras: «Hijo, ten buen ánimo; tus pecados te son perdonados», y recibe esas palabras como palabras vivas del Dios vivo, es un hombre diferente, porque una nueva vida ha comenzado en él. Es el poder del perdón de Dios, y solo eso, lo que lo guarda del pecado. Si continúa en pecado después de recibir el perdón, es porque no ha comprendido la plenitud de la bendición que se le dio en el perdón de sus pecados.

En el caso que nos ocupa, el hombre recibió nueva vida. Su condición de paralítico era simplemente el deterioro de la vida natural. Estaba parcialmente muerto. Las palabras de Cristo le dieron vida fresca. Pero esta nueva vida que se le dio a su cuerpo, y que le permitió caminar, fue solo una ilustración, tanto para él como para los escribas, de la vida invisible de Dios que había recibido en las palabras: «Tus pecados te son perdonados», y que lo había hecho una nueva criatura en Cristo.

Con esta sencilla y clara ilustración ante nosotros, podemos entender algunas de las palabras del apóstol Pablo, que de otro modo son «*difíciles de entender*». Primero lean Colosenses 1:12-14: «con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.» (Colosenses 1:12-14, RVR1960). Véase la misma declaración sobre la redención por la sangre de Cristo, en 1 Pedro 1:18, 19; Apocalipsis 5:9.

Nótese dos puntos: tenemos redención *por* la sangre de Cristo, y esta redención es el perdón de los pecados. Pero la sangre es la vida. Véase Génesis 9:4; Apocalipsis 17:13, 14. Por lo tanto, Colosenses 1:14 realmente nos dice que tenemos redención por la vida de Cristo. Pero, ¿no dice la Escritura que somos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo? Sí lo dice, y eso es precisamente lo que aquí se enseña. Cristo «quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.» (Tito 2:14, RVR1960). Él «el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre,» (Gálatas 1:4, RVR1960). Al darse a Sí mismo, da su vida. Al derramar su sangre, derrama su vida. Pero al entregar su vida, nos la da a nosotros. Esa vida es justicia, la perfecta justicia de Dios, de modo que cuando la recibimos somos «hechos justicia de Dios en Él». Es el recibir la vida de Cristo, al ser bautizados en su muerte, lo que nos reconcilia con Dios. Es así como «nos vestimos del nuevo hombre, el cual, según Dios, es creado en justicia y santidad de la verdad, conforme a la imagen de aquel que lo creó». (Efesios 4:24; Colosenses 3:10).

Ahora podemos leer Romanos 3:23-25, y encontrar que no es tan difícil: «por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados,» (Romanos 3:23-25, RVR1960).

Todos han pecado. Toda la vida ha sido pecado. Aun los pensamientos han sido malos. Marcos 7:21. Y el ocuparse de la carne es muerte. Por lo tanto, la vida de pecado es una muerte en vida. Si el alma no es liberada de esto, terminará en muerte eterna. No hay poder en el hombre para obtener justicia de la santa ley de Dios, por lo tanto, Dios en su misericordia pone su propia justicia sobre todos los que creen. Él nos hace justos como un regalo gratuito

de las riquezas de su gracia. Él hace esto por medio de sus palabras, pues Él declara —habla— su justicia en y sobre todos los que tienen fe en la sangre de Cristo, en Él está la justicia de Dios, «porque en Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad». Y esta declaración o pronunciación de la justicia de Dios sobre nosotros, es la remisión o la eliminación del pecado. Así, Dios quita la vida pecaminosa poniendo su propia vida justa en su lugar. Y este es el poder del perdón del pecado. Es «el poder de una vida indestructible».

Este es el comienzo de la vida cristiana. Es recibir la vida de Dios por fe. ¿Cómo se continúa? —Exactamente como se empieza. «Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él;» (Colosenses 2:6, RVR1960). Porque «el justo por la fe vivirá». El secreto de vivir la vida cristiana es simplemente aferrarse a la vida que, recibida al principio, perdona el pecado.

Dios perdona el pecado quitándolo. Él justifica al impío haciéndolo piadoso. Él reconcilia al pecador rebelde consigo mismo quitando su rebelión y haciéndolo un súbdito leal y obediente a la ley.

A veces se dice: «*Pero es difícil entender cómo podemos tener la vida de Dios como un hecho real; no puede ser real, porque es por fe que la tenemos.*» Así fue por fe que el pobre paralítico recibió nueva vida y fuerza; pero ¿fue su fuerza menos real por ello? ¿No fue un hecho real que recibió fuerza? «*¿No se puede entender?*» ¡Claro que no!, porque es una manifestación de «el amor de Dios que excede todo conocimiento». Pero podemos creerlo y comprender el hecho, y entonces tendremos una vida eterna en la que estudiar su maravilla. Lean una y otra vez la historia de la sanación del paralítico, y mediten en ella hasta que sea una realidad viva para ustedes, y luego recuerden que «estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre».

ST, 10 de abril de 1893